La lista de los preciosos ridículos

Javier Aspurúa

Antología de la poesía chilena nueva (1935)
Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim.
Lom Ediciones, 2001, 350 páginas.

En 1935, cuando tenían, respectivamente, 19 y 18 años, Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim publicaron esta antología (cuya reedición, ahora, se agradece de veras) de lo que entonces consideraban la poesía chilena realmente nueva.

Para llevar a cabo su faena, los autores contaban con una razón de política poética, si es admisible el término: según ellos, Vicente Huidobro era el gran ignorado o ninguneado de la poesía nacional en los inicios de esa década, en circunstancias que toda la poesía nueva giraba en torno a ese planeta mayor.

Alone, sumo pontífice de la crítica criolla, las emprendió rápidamente contra Anguita y Teitelboim. Los llamó "preciosos ridículos" y dijo que "se aseguran con bastante anticipación su inmortalidad", aludiendo al hecho de que ambos jóvenes figuraban también en la antología.

Para Anguita, su inclusión en el libro no fue un problema: ya poeta promisorio, siguió escribiendo, y hoy nadie pone en duda su nombre. Para Teitelboim, en cambio, tuvo el efecto contrario: desalentado por las críticas (de los otros y propia), se convenció de que no era poeta y fue "abandonando a esa diosa de ojos oscuros que vive mirando, buscando".

Publicada originalmente hace 66 años, esta antología continúa siendo un insoslayable punto de referencia en el mapa de la poesía chilena.

Sin embargo, esa osadía de los jóvenes Anguita y Teitelboim, que explícitamente asumieron "una posición arbitraria y francamente de combate", pasó a ser un hito de la poesía chilena, una marca que hasta hoy separa épocas.

Por el lado de las consecuencias inmediatamente posteriores a su publicación, hay que decir que la antología desató lo que Teitelboim llama "el más sonado escándalo literario del siglo veinte en Chile", que comenzó con la guerra verbal entre Vicente Huidobro y Pablo de Rokha, y continuó con la intervención, desde España, de Pablo Neruda. Y también hay que consignar la polémica que abrió por la exclusión de Gabriela Mistral, asunto que hasta ahora es motivo de justificaciones de parte de Teitelboim, el único de los autores que sobrevive, aunque Anguita también hizo sus descargos en 1973, fecha a la que pertenece el texto publicado como prólogo a esta edición (Teitelboim, por cierto, ha escrito otro).

En cuanto a la prueba del tiempo, no puede haber dos opiniones: el registro de poetas incluidos ha devenido intachable con los años. Son sólo diez y ninguno de ellos desmerece, salvo, quizás, Teitelboim en tanto poeta, puesto que luego orientó su escritura hacia otros géneros.

Vicente Huidobro, Angel Cruchaga Santa María, Pablo de Rokha, Juvencio Valle, Rosamel del Valle, Pablo Neruda, Humberto Díaz Casanueva y Omar Cáceres (prematuramente fallecido), además Anguita, constituyen un grupo excepcional dentro de la poesía chilena, donde sólo faltan -aparte de la Mistral- Gonzalo Rojas y Nicanor Parra, cuyas ausencias también son justificadas por Volodia.

No obstante, en 1935 aquello estaba muy lejos de ser aceptado por todos, y ello es precisamente lo que le otorga un carácter rupturista a esta antología, que ha mantenido su vigencia y su poder de convocatoria sobre sucesivas generaciones de poetas.